

Alumbramiento

Juan Felipe Leal y Fernández / Escuela de Ciencias Políticas y Sociales

El pensamiento contemporáneo ha vivido profundamente preocupado por los problemas surgidos de la incomunicación entre los seres y podría decirse que éste ha sido el signo distintivo de la generación hoy madura.

De una cosa estamos seguros los jóvenes del submundo y es que nuestros mayores no han sabido responder a tan palpitante planteo (posiblemente tampoco les correspondiera). Lo cierto es que resignados han colocado el fardo sobre nuestras espaldas, al tiempo que se retiraban a sus habituales lamentaciones. Sin embargo, para nuestra sorpresa, tal carga no ha resultado pesada, sino al contrario, tan ligera, que al levantarla en peso hemos caído en la cuenta de que se trataba de un mero cascarón. Y es que si apreciamos la naturaleza de las cosas, observaremos que obstinadamente se enfrentaron a un simple concepto, a una abstracción, a uno de los muchos fantasmas que suelen pulular en los campos de la enajenación.

Porque no se puede hablar de incomunicación, de aislamiento y soledad, si no se incorpora vida y concreción a tales categorías. Resulta indudable que desde que el hombre sufrió el destierro del paraíso, o dicho en otros términos, desde que el hombre fue naturaleza consciente, estos sentimientos lo han agobiado en más de una ocasión. No obstante, dichas tribulaciones tenían como su fuente y origen a la totalidad del mundo material y espiritual que lo rodeaba en cada momento de su vida histórico-natural.

Y sucedió que ésta, nuestra generación, fue dotada de un verbo que agotaba las posibilidades de que el eclecticismo se enseñoreara de ella. Nacida en un mundo cabalmente comunicado a través de la relación de explotación de unos hombres por otros, este nuevo género fue incapaz de perderse en la desesperación de un individualismo materialista cada vez más hueco, y devino en corriente protestante de la inhumanidad de un cosmos que negaba su ser a dos terceras partes de los hombres.

No estamos solos, mucho menos incomunicados. ¡Ahora lo sabemos! Aunque en este momento nuestra identidad sea la de la explotación. Todos los que "no somos" avanzamos en el fortalecimiento de nuestra comunidad. Pronto iniciaremos el diálogo con los "otros", con los que "sí son", con quienes han creído afirmarse en nuestra negación.

Seguramente que será violento, pero nuevamente (¡al fin!) humano. Aquello se acabó —nos dice Sartre—, las bocas se abrieron solas; las voces, amarillas y negras, seguían hablando de nuestro humanismo, pero fue para reprocharnos nuestra inhumanidad.

Asistimos y auxiliamos al parto de un nuevo orden, lento y doloroso como cualquier otro, pero prometedor como ninguno.

